

*Los muchachos peronistas. Orígenes olvidados
de la Juventud Peronista (1945-1955)*

Omar Acha

Oscar Videla UNR – CONICET

orvidela@gmail.com





“La Juventud Peronista no nació de una operación cesárea que la arrojase a una vida inclemente, ni fue una entelequia imaginaria sustentada por la burocracia partidaria justicialista. Inseparable de ambos orígenes, fue mucho más que el espectro malquerido de la memoria peronista.” (p. 85)

Un nuevo libro de Omar Acha ya no es novedad, el autor nos tiene acostumbrados a una ingente producción donde, a la variedad de sus intereses, suele agregarse un trabajo pródigo en sugerencias temáticas, analíticas e interpretativas. En este caso abordando un tema efectivamente olvidado de la historia del peronismo, la de su primera organización juvenil durante los años del peronismo histórico.

La misma elección supone confrontar con una memoria social que recurrentemente condensa los sentidos de las palabras “juventud peronista” en los años setenta del siglo pasado. Con aquellas construcciones discursivas del fenómeno (particularmente por sus efectos evanescentes sobre el primer peronismo) la emprende Acha en el capítulo uno. Allí, en tanto el libro tiene como uno de sus objetivos desmontar una tradición mítica, se afirma que la invisibilidad de la primera JP “derivó de la eficacia inconsciente de un relato mitológico construido como herramienta de legitimación política en el seno de las divergencias del peronismo” (p. 26). Tal relato, formulado por las generaciones de la JP “gloriosa”, suponía tres elementos fundantes de su propia experiencia: el nacimiento en el desierto, la inocencia revolucionaria y la mística antiinstitucional; opciones que implicaban necesariamente el olvido de cualquier experiencia previa. La paradoja es que no solo lo sostendrán aquellos que se reclamaban como parte de la identidad política de referencia, sino que penetró tanto en el relato de quienes que se señalaban claramente como sus opositores políticos, como en buena parte de la bibliografía académica.

Un segundo capítulo está dedicado a la caracterización del problema juvenil en el contexto de surgimiento del peronismo, su rol en lo que el autor denomina la sociedad política peronista y al análisis de dos de las iniciativas asociacionistas más características del peronismo dirigidas a los jóvenes, la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y la Confederación General Universitaria (CGU) con el fin de demostrar su ineficacia para constituir una organización estrictamente política.

En el capítulo tres le dedica un breve análisis a algunos casos de militancia y organización juveniles de los tiempos iniciales del peronismo (casi para demostrar su endeblez), pero fundamentalmente se dedica a indagar sobre la más interesante experiencia organizativa de un peronismo ya entrado en años, el Movimiento Juvenil Peronista.

El cuarto capítulo del libro trata de reconstruir la JP en el interior del país. La importancia que le asigna el autor puede medirse tanto en su extensión (es el más largo), en el esfuerzo que realiza para cubrir casi toda la geografía nacional, como en un intento interpretativo en clave comparativa. No obstante su carácter descriptivo (o por ello mismo), este apartado en particular es una convocatoria a cultivar un terreno de investigación que Acha rotura.

Del capítulo cinco debe resaltarse, en principio, el intento de reconstruir la coyuntura inmediatamente posterior al 55 “desde atrás”, es decir, siguiendo el camino inverso de la mayor parte de los estudios



precedentes que llegaban a la coyuntura por la necesidad, o de fundar un presente, o de explicar unos orígenes. El derrotero elegido si bien inicial deja los suficientes indicios para convocar a explorar los potenciales vínculos entre la experiencia de la que llamaremos histórica y de la “gloriosa” JP.

El libro de Acha puede decirse que termina dos veces, en este sentido, el capítulo seis y el epílogo dan cuenta de esta particularidad. El primero sintetiza el rol de la JP poniéndola en el contexto de la propia institucionalidad del peronismo. Allí esa JP aparece tanto como una necesidad como una víctima de una institucionalidad partidaria verticalizada (pero también marcada por las conflictividades), circunstancia que, ni más ni menos que como le paso el Partido Peronista, la hiciera víctima de una fácil dilución luego del golpe de 1955. Por otra parte, a partir la idea de ruptura generacional, vuelve a estacionarse en el diálogo con la experiencia y la memoria de la JP “resistente” y su particular contexto. Finalmente, en el Epílogo Acha se permite abandonar casi por completo su objeto de investigación por unas reflexiones en las que intenta perfilar la emergencia de la juventud como actor político justamente en los años en los que se construirá el mito fundacional de la JP y la invisibilización de su primigenia experiencia.

La imagen de la primera juventud peronista que nos devela Acha es, sin dudas, la de una organización sujeta a fuertes controles por parte de las estructuras del Partido Peronista (nacionales y provinciales) y dentro de ésta a las figuras de sus máximos líderes (obviamente Perón, Teisaire, aunque no solamente estos). En ocasiones relegada al cumplimiento de algunas funciones que imágenes posteriores consideraron menores (como la recreación), su peso concreto dentro de la sociedad política peronista parece menor. No obstante, insiste Acha, es algo más que suficiente dentro del propio contexto que esa sociedad política concreta podría permitirse.

En este sentido, según Acha, no poco del menguado desarrollo de una JP dentro del peronismo histórico se debía a la propia lógica del proyecto peronista: por una parte, a una matriz de intervención que hacía énfasis más que todo en la infancia, donde la “nueva juventud” era una construcción del futuro; y por otra parte, a una percepción ciertamente conservadora (agregamos nosotros) de la participación efectiva de ésta en el proyecto, es decir integración sin dudas, pero velada por la desconfianza a un tipo de participación estrictamente partidaria.

Los límites de esta primera JP son muchos, pero visiblemente Acha le asigna mayor valor a algunos, la escasa flexibilidad de la dirigencia peronista para otorgarle espacios de poder y/o vías de acceso a su disputa y la primacía de la lealtad subordinada (es decir sin objetivos propios, aunque no necesariamente contradictorios con el proyecto peronista) están sin dudas entre los más importantes. Por el lado de los protagonistas, ello se expresó en la incapacidad para formular una identidad generacional, que ya estaba en ciernes en otras juventudes políticas y aflorara tardía e incipientemente en la coyuntura del golpe de 1955, cuando la conjunción de la necesidad de la movilización y confrontación política con los promotores de éste abran una fugaz brecha en la estructura del peronismo; pero que se consolidara luego con la posterior autocrítica que sostendrá una identidad de ruptura.

Pero el golpe pone el proceso en otro carril, en uno donde cambian sustancialmente las condiciones de la legitimación política de los jóvenes al interior del peronismo, de allí la necesidad de una construcción mitológica que no admite antecedentes. El hiato en la memoria es tan abismal que no se salva del olvido ni siquiera aquel cuyas “credenciales” lo ubican indiscutiblemente del “lado correcto”

del peronismo: John William Cooke. En este sentido, la memoria de la JP post 55 debía “ningunear” la experiencia de la juventud amparada por Cooke en los meses finales del peronismo. El corte con el pasado debía ser fundacional, no podía admitir siquiera “... que la Juventud Peronista fue, con todos sus problemas, el sector de la sociedad política peronista que mostró mayor dinamismo en sus últimos meses de existencia.” (p. 204)

Por otra parte, Acha no olvida el carácter de clase que le imponen las circunstancias a esta primera JP. Insiste en varias ocasiones en la composición de clase media de sus dirigencias, aunque fuera de sus estratos más modestos. Y ello se relaciona directamente con otro aspecto que explica el relativo grado de desdibujamiento de los jóvenes durante los años del peronismo histórico, esto es, la misma existencia (y/o duración) de un periodo de la experiencia de los sujetos en que pueden ser catalogados como juventud. Una experiencia “juvenil” clásica a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta es todavía un proceso en construcción, que en alguna medida es el mismo peronismo el que lo esta expandiendo socialmente. En este sentido, el trabajo de Acha nos abre otra de las tantas vías para la indagación, algo así como la necesidad de una historia social de la juventud.

Un aspecto más a destacar del trabajo de Acha, en un campo disciplinar en que es común que se generalicen al conjunto del país experiencias históricas que se matizaron en el espacio metropolitano; este trabajo trata, por una parte, concientemente de evitarlo y por otra, encara la tarea de seguir el fenómeno multiplicando los espacios de análisis a varias provincias y esbozando una perspectiva comparativa que se enfoque en las diferencias provinciales y aún locales.

Por otra parte no podemos dejar de señalar que el mejor acierto de la obra de Acha, el desbroce de una construcción de memoria que obstaculiza el conocimiento precedente, en algún sentido también es su debilidad, el peso del mito fundacional en la construcción de memoria sobre la JP por momentos parece que oscurece el propio objeto de investigación, como si los encantos de aquel mito trasvasaran su relato denotando (como en el Epílogo) que el “verdadero” objeto de su deseo es precisamente esa JP.

Ahora bien, el libro no es sólo el resultado de un esfuerzo investigativo muy importante, es también un extenso y amplísimo programa de investigación. A lo largo del trabajo se hace evidente que aquello que el autor señala, indica, sugiere constituyen sendas para una necesaria tarea de investigación. En este sentido, el trabajo de Acha es particularmente interesante porque no asume la soberbia propia de quien desbroza un campo de investigación sino constantemente (en particular cuando trata las situaciones provinciales) alude a la necesidad de profundizar en la investigación para confirmar, contrastar o rechazar sus propias afirmaciones.

Por otra parte, Acha no rehúye aquello que por obvio no siempre está presente es este tipo de trabajo: que la reflexión sobre el pasado del peronismo es una tarea política del presente. La preocupación recorre el texto en general y nos deja claramente la puerta abierta para pensar no sólo la experiencia de la juventud peronista post-libertadora sino algunos hilos para reflexionar sobre esta que se hace visible en nuestros días.

Palabras clave: Juventud peronista - militancia - años setenta - memoria y relato.